

# CRITERIOS Y METODOS PARA ESTUDIAR FILOSOFIA

BUENOS AIRES

NOTA. — Este ensayo es una respuesta a la pregunta que tantas veces nos hacen, así jóvenes estudiantes como hombres maduros: "¿Cómo he de estudiar la filosofía?" El término filosofía tiene ya cierto atractivo mágico para algunos, porque sabe a conocimiento arcano. Para otros, es simplemente el deseo de ordenar sus conocimientos y formarse una concepción total del universo lo que les impulsa hacia la filosofía, como último reducto de tantos hombres de ciencia.

ACTITUD FILOSOFICA:  
RAZON - AUTORIDAD - MAGISTERIO  
GUIA PEDAGOGICA

Para el estudio de la filosofía es de suma importancia tener conciencia de cuál es la verdadera *actitud filosófica*, es decir, con qué disposición de ánimo debemos realizar el estudio de los problemas filosóficos.

Ante todo, como quiera que la filosofía es *ciencia*, debemos tener presente que la actitud propia del filósofo es la *racional*. Solamente en virtud de las razones intrínsecas que muestren la verdad de una afirmación, puede el filósofo aceptarla. Como toda ciencia, la filosofía debe dar cuenta, por sí misma, de sus resultados, y para ello debe conocer las razones en que éstos se apoyan. Esta es la actitud filosófica fundamental. Y sin ella no hay filosofía.

¿Pero qué valor tienen entonces la autoridad y la tradición y el magisterio en filosofía? La ciencia se distingue de la fe en que aquella se apoya en las propias razones y ésta en el "testimonio" ajeno. Yo admito la existencia de Roma fundado en la autoridad de los que con su testimonio me aseguran que existe. Pero por mí mismo no puedo demostrarlo. Igualmente, yo puedo admitir un hecho histórico en virtud de la "tradición" que atestigua tal hecho, pero por mí mismo no puedo comprobar la realidad de tal hecho. En estos casos mi conocimiento no puede fundarse en razones "pro-



pías" sino "ajenas", es decir de la autoridad de otros o de la tradición. El valor de la autoridad y de la tradición en filosofía es simplemente afilosófico, es decir, de suyo no constituye un argumento de valor filosófico. La actitud del hombre, en cuanto tiende a apoyarse en la autoridad y en la tradición, deja de ser filosófica. Sin embargo, pueden ambos tener un valor indirecto. Porque el hecho de que una gran autoridad o una tradición constante respalden una afirmación, nos obliga a atender de una manera especial al problema y averiguar si esa afirmación tiene valor, a lo cual está ya en cierta manera induciendo un testimonio autorizado. También adquiere cierto valor la "autoridad", por cuanto la afirmación que proviene de una gran inteligencia nos incita a suponer que debe haber motivos serios en los cuales dicha inteligencia se apoya; todavía es mayor la fuerza de la autoridad cuando está constituida por una tradición fuertemente asentada, ya que, en tal caso, la convergencia de muchos testimonios nos indica que debe haber razones muy sólidas en favor. Este es, especialmente, el caso del argumento fundado en el consentimiento universal o muy común. Es de suponer que tal consentimiento tiene un apoyo sólido. Sin embargo, repetimos que, propiamente hablando, solamente cuando el filósofo puede dar las "razones intrínsecas" en que se apoya una afirmación se mantiene en el plano autenticamente filosófico. En cambio, en tanto en cuanto se apoya simplemente en la autoridad de otros, deja de ser filósofo, para convertirse en creyente.

En el estudio de la filosofía estas consideraciones tienen gran importancia, a fin de que no nos dejemos guiar por una autoridad como argumento devisivo en el orden filosófico. A veces, esto se hace veladamente, casi inconscientemente. La simpatía hacia un autor o una escuela hace que miremos sus opiniones como verdaderas, y que más bien trabajemos en el sentido de ver las razones en que se apoyan y cerremos los ojos al valor de los argumentos contrarios. La autoridad ejerce en nosotros una influencia, frecuentemente inadvertida, pero eficacísima. Casi siempre los alumnos simpatizan con las ideas del maestro y generalmente profesa uno las ideas de la escuela o universidad en que ha estudiado, a no ser que, por razones psicológicas determinadas veces reaccione en sentido contrario. Esto está indicando el enorme influjo del magisterio filosófico en la formación de las ideas filosóficas de los alumnos. Y esto indica también el poco margen que con frecuencia le queda a la razón en el estudio de la filosofía, y lo rara que es la auténtica actitud filosófica. El "magister dixit" no se repite explícitamente, pero está ejerciendo una influencia sorda y continua sobre los alumnos y lectores.

### ¿SISTEMATISMO O ECLECTICISMO?

Un problema que está gravitando siempre sobre el filósofo, y que de una manera especial afecta al principiante, es el de la opción entre una actitud *sistemática* o *eclectica*. El sistematismo consiste en decidirse por un determinado sistema filosófico, aceptarlo en su



conjunto como expresión ya terminada o acabada de la realidad, es decir, como resultado definitivo y perfecto de la filosofía. Puede, sin duda ninguna, adquirir nuevos conocimientos e integrarlos en el sistema, pero ha de ser con la condición de la "integración", no de la "reforma" del sistema, el cual, precisamente por ser definitivo, es ya "intocable". Las nuevas adquisiciones de la filosofía serán asimiladas si son compatibles con el sistema; y, si no lo son, serán rechazadas como soluciones falsas. El sistema es la verdad; lo que puede integrarse en el sistema acrecentará el acervo de verdad del sistema; lo que no puede integrarse es falso y debe ser rechazado.

La actitud ecléctica es diferente. El filósofo no se instala definitivamente dentro de un "sistema" determinado. Sino que está siempre dispuesto a realizar el estudio crítico de sus actuales posiciones y cambiarlas en caso de que se demuestre que no son verdaderas. Puede estar dentro de un sistema, pero nunca lo cierra, no sólo en el sentido de no admitir nada nuevo, pero ni siquiera en el sentido de suponer como definitivo todo lo que forma parte del sistema. El ecléctico no excluye una concepción general y orgánica de la filosofía. Todo filósofo tiende necesariamente a formarse una concepción coherente y unitaria de las soluciones; pero el ecléctico distingue entre ciertas soluciones fundamentales de cuya evidencia no se puede dudar, y el resto que no tiene ya un fundamento tan sólido. Por eso está siempre dispuesto a recibir nuevos hallazgos en filosofía, y a escuchar nuevas voces que pueden traer nuevas partes de la verdad, y aceptarlas, modificando, si es necesario, las propias opiniones. Por eso, considera siempre la historia de la filosofía y los esfuerzos de la filosofía actual no con un espíritu de oposición, desde un sistema determinado, sino más bien con el afán de descubrir lo que hay de verdad en todas ellas y asimilarlo. El sistematismo y el eclecticismo difieren como actitudes, porque el primero se ha cerrado ya sobre el conjunto de los problemas filosóficos, aún en aspectos muy discutidos entre los filósofos, y el segundo se halla siempre dispuesto a admitir nuevas verdades en caso de que lleguen a probarse.

Tanto el sistematismo como el eclecticismo tienen sus ventajas y sus peligros. Por eso, a quien me pregunte, y es frecuente escuchar esta pregunta, "¿qué es mejor para el estudio de la filosofía, partir de un sistema determinado o prescindir de sistemas y buscar solamente lo que haya de verdad en cada uno de ellos?" yo le contestaría: Ni sistematismo exagerado, ni eclecticismo exagerado. Ni sistematismo que ingenuamente crea haber alcanzado ya toda la verdad y la verdad en todo lo que afirma, ni eclecticismo que cree nunca haber llegado a la verdad definitiva en nada. Evidentemente, ambas actitudes son reprochables. Pero, suponiendo que se trata de un sistematismo cauteloso y de un eclecticismo asimismo moderado, ¿cuál es la actitud más conveniente? El sistematismo tiene la ventaja de responder a cierto deseo de unidad y de unificación de nuestros conocimientos. Deseo natural porque responde a las exigencias lógicas de coherencia entre todas nuestras afirmaciones. Esto es justo. Pero tiene el peligro de desfigurar la realidad, la verdad, en aras de la



unificación lógica de nuestras conclusiones y de desconocer la verdad que golpea a las puertas del sistema cuando ya otra afirmación, por las llamadas exigencias lógicas, ha ocupado previamente su lugar. Porque la exigencia de unificación y de coherencia es legítima. Pero con frecuencia trabajamos nosotros sobre consecuencias inexactas, conexiones lógicas, que nos parecen acertadas o correctas, pero que son puras construcciones mentales. El amor a nuestro sistema nos hace ver cada vez con más evidencia el valor de esas conexiones lógicas, en sí ilegítimas, y de esa manera cristaliza el error dentro del sistema en aras de la unificación. El peligro grave consiste, entonces, en que el sistemático continúa quemando incienso a falsas divinidades, y se estanca en este error, cerrándose el camino para el conocimiento de la verdad. Cuando ésta llama a las puertas del sistema, encontrará que su lugar está ya tomado por otra afirmación, y va a encontrar contra sí una serie de argumentos sagrados que le cierran definitivamente la entrada.

El eclecticismo tiene a su vez sus ventajas y sus peligros. En su favor tiene el partir de un presupuesto muy real, es decir, que ningún hombre y ningún sistema posee toda la verdad; que ningún hombre y ningún sistema está exento de errores. De aquí la consecuencia lógica: No es posible instalarse definitivamente en un sistema determinado, sin exponerse al peligro inminente de estancarse en ciertos errores. Además, el eclecticismo tiene sobre el sistematismo la ventaja de estar más abierto a la realidad y a la verdad. Al proponer la supremacía de la exigencia de comprobación real para cada conocimiento, sobre la necesidad de insertarlo en un sistema perfectamente coherente, el ecléctico es más exigente en sus pruebas y está más en contacto con la realidad que el sistemático. El eclecticismo moderado no admite conclusiones contradictorias como verdaderas. Pero es posible que existan experiencias, y afirmaciones, sólidamente probadas cada una de por sí, pero cuya compatibilidad resulte difícil de comprobar o de demostrar, sin que se trate de ideas claramente contradictorias. En tal caso, el ecléctico prefiere las verdades sólidamente demostradas individualmente antes que su coherencia, ya que en muchos casos podemos llegar a tal resultado. Ejemplo claro es el de la libertad e inmutabilidad en Dios: tesis ciertas para todo católico, aún cuando la teoría para conciliar ambas tesis no pueda hallar una solución cierta.

En concreto ¿qué es lo que nosotros aconsejaríamos al estudiante de filosofía? El estudiante debe tener ante todo una vista general de los problemas filosóficos. Para ello es sumamente útil y orientador partir de una concepción o sistema tradicionalmente reconocido. Pero en ningún punto debe considerar el sistema como definitivo en todas sus partes. El sistema debe ser para él como un punto de referencia y de ordenación de sus pensamientos, de su estudio, y de sus lecturas filosóficas. Pero no es aconsejable la adhesión desde un principio al sistema incondicionalmente. No está el principiante en situación de poder por sí mismo elegir el sistema. Debe, por ello, seguir el consejo de profesores experimentados. Pero una vez elegido, que sea para él más de uso pedagógico que le sirva para



## CRITERIO Y METODOS PARA ESTUDIAR FILOSOFIA

poder orientarse, que de barreras que le impidan poder conocer la verdad donde quiera que ésta se encuentre.

Si se trata de la "investigación" filosófica propiamente tal, es decir, si se nos pregunta "¿cuál es la actitud más propia del filósofo, ya maduro, que se dedica a la investigación?", responderemos que la auténtica actitud filosófica es la de un eclecticismo moderado. El filósofo ya maduro, necesariamente ha debido llegar a una concepción propia del conjunto de los problemas filosóficos y de sus soluciones. Debe poseer una cierta visión del hombre y del universo. En esa visión el filósofo debe distinguir ciertas líneas fundamentales, que constituyen la base necesaria para la existencia y el desarrollo del hombre. Nosotros llamamos "filosofía perenne" a este *mínimum* de verdades humanas que están en el acervo de la tradición humana y que son inmediatamente evidentes y demostrables. Pero además de este conjunto existen otras partes en la concepción que el filósofo maduro se ha formado: complementos, nuevas aplicaciones, relaciones, consecuencias, etc., etc., que afectan a problemas secundarios, discutibles, difíciles...

Naturalmente también acerca de estos complementos, ampliaciones y conexiones lógicas, el filósofo se forma su propia opinión, vislumbra sus propias soluciones; pero, en vez de integrarlas afanosamente en un sistema cerrado, prefiere estar siempre a la expectativa, abierto a una mayor solidez en los argumentos, y, si es necesario, a una nueva solución mejor fundada. Este tipo de eclecticismo moderado, es el que a nuestro parecer es la auténtica actitud filosófica. Por eso, el verdadero filósofo, manteniendo siempre el conjunto de ciertas verdades fundamentales, se inclinará más bien en todo lo demás a un sano eclecticismo y no a un peligroso sistematismo.

La solución que acabamos de presentar es todavía más firme cuando se trata de decidirse por un sistema ya previamente fabricado por otro autor. A pesar de la autoridad de un filósofo, por máxima que ella sea, sus resultados totales nunca son perfectos, y por ello no puede admitirse en bloque todo cuanto ha dicho. La misma aceptación de lo que se puede llamar su sistema, incluyendo no solamente lo fundamental sino lo accidental, tiene los graves peligros que hemos indicado al hablar de la autoridad y de la tradición, es decir, de cobijarse dentro de un sistema y adaptar la realidad al pensamiento sistémico, más bien que el pensamiento a la realidad. Por eso las grandes figuras de la filosofía, los grandes maestros, han participado, en mayor o menor escala, y generalmente en gran escala, del eclecticismo, tomando elementos de varios sistemas y autores: Platón, Aristóteles, San Agustín, Plotino, Santo Tomás, San Buenaventura, Escoto, Suárez, Descartes, etc., etc. Su ejemplo, en este punto, es de mayor importancia que su mismo pensamiento.

## GUIA PEDAGOGICA

Para terminar debemos ofrecer una "guía pedagógica", un método de aprender y estudiar la filosofía.



Generalmente se proponen varios métodos para introducirse en la filosofía.

1) *El estudio de la historia de la filosofía.* Según algunos, éste sería el método mejor de introducirse en la filosofía misma. Ponerse en contacto con los autores, con la forma en que han ido surgiendo los problemas y con la evolución de las soluciones. Sin duda ninguna que la historia de la filosofía es utilísima para el estudio de la filosofía misma. Creemos que es necesaria para una cabal penetración de los mismos problemas filosóficos. Pero ella sola no puede ser un buen introductor a la filosofía. ¿Cómo discernir entre las múltiples tendencias que aparecen en la historia de la filosofía? ¿Cómo saber discriminar lo positivo y lo negativo, lo valioso y lo erróneo, en medio de tal diversidad de opiniones? Comenzar por la historia de la filosofía puede ser un gran peligro de desorientación definitiva intelectualmente.

2) *Estudio de un determinado filósofo.* Otros aconsejan comenzar, más en concreto todavía, poniéndose en contacto con algún gran filósofo, leyendo y analizando alguna de sus obras. El contacto concreto con el filósofo nos da, por así decirlo, al vivo la experiencia del filosofar: eso es filosofar, eso es filosofía. Ahí nos ponemos a contemplar inmediatamente los problemas filosóficos, tal como los plantea nuestro autor, y esto nos hace penetrar en la médula misma de la filosofía. Sin duda ninguna que es también de suma utilidad la lectura directa de los filósofos. El contacto con ellos despierta de una manera muy eficaz el espíritu filosófico. Pero, a la vez, es sumamente peligroso iniciarse en la filosofía con la lectura de un filósofo determinado, sin previa preparación para entenderlo y criticarlo. Al principiante le es imposible defenderse de la dialéctica de un gran ingenio, y, con frecuencia, aún la dialéctica de los grandes ingenios tiene fallas notables. Se habitúa el principiante a tener por exactos ciertos puntos de vista que son erróneos o desenfocados, y luego le será muy difícil desprenderse de estos primeros hábitos filosóficos.

3) Otra forma que hemos visto aconsejada de introducción a la filosofía es *el estudio de un problema determinado.* No deja de tener su gran interés este método, porque da al principiante un tema más fácil de comprender que el conjunto de toda la filosofía. Asimismo, cada problema filosófico puede servir de introducción a la mayoría de los demás problemas, por la íntima relación con que éstos se hallan relacionados entre sí: el problema del conocimiento tiene raíces en toda la filosofía; lo mismo digamos del problema del hombre, del problema de Dios, de la moral, de la justicia, del valor, etc., etc. Pero este método tampoco lo creemos suficiente. Tiene el peligro de la unilateralidad en la concepción jerárquica de los problemas, adquirida ya *a priori*. Además, puede quedar, hasta cierto grado, insuficiente por una falta de perspectiva general de la filosofía.

4) *Visión general del método, terminología, problemas y soluciones filosóficas.* Por eso creemos que es más aconsejable una *introducción general a la filosofía*, que ofrezca una vista de conjunto de los problemas filosóficos, y que presente claramente cuáles son las



características propias del método, la terminología y el espíritu filosóficos. De esta manera, el principiante puede tener un campo general de orientación con los puntos de referencia necesarios para cualquier ulterior estudio o lectura o investigación filosófica. Notemos que hay dos tipos de introducción a la filosofía: Uno que simplemente da los caracteres generales de la filosofía, su concepto, su espíritu y su método, sin entrar en la descripción de los diversos problemas filosóficos. Otro que incluye además esta descripción de los diversos problemas filosóficos presentada en forma breve y sencilla, al alcance del principiante. Como introducción a la filosofía ambos tipos son necesarios, y los incluimos en nuestra recomendación, por creer que el primero no es suficiente.

Debe distinguirse un doble modo o método de estudiar filosofía: por la *enseñanza* y por el *estudio particular*.

Cuando se estudia la filosofía siguiendo las clases en un curso o en una institución, la obligación del alumno es sencilla, pues el profesor se encarga de darle, ordenadamente, el material que necesita para su iniciación filosófica. Pero debe observarse que si se trata de un curso en que se expone metódica y ordenadamente la filosofía en todas sus partes, lo cual nos parece lo más indicado para poder penetrar con facilidad y con seguridad en el campo de la filosofía, no hay problema para el alumno. Aconsejamos que se siga con atención y método la explicación del profesor. Si ésta no diera suficiente información histórica, debe completarse con la lectura de alguna Historia de la Filosofía y de textos filosóficos.

Cuando las clases no dan una exposición sistemática de la filosofía, sino que se limitan a estudios históricos, o de un problema particular, el alumno debe procurarse por sí mismo la visión general de la filosofía en una introducción recomendable.

En todo caso, y aun cuando no podemos exigir del alumno una crítica de las enseñanzas del profesor, es indispensable que tenga presente que la enseñanza de la filosofía no consiste en catequizar, sino en demostrar, y, por tanto, el espíritu filosófico debe ser cultivado por el alumno, procurando *ver por sí mismo* el valor de las soluciones y la corrección del planteamiento de los problemas, y no descansar irreflexivamente en la palabra del maestro. Cuando el alumno tenga alguna duda, debe consultarla con otros profesores, o por sí mismo tratar de resolverla, ayudándose de la consulta de obras autorizadas. En todo caso, insistimos en la importancia de que la auténtica filosofía es "ciencia" y no "fe" en la palabra del maestro.

Para el caso, menos recomendable pero a veces necesario, de que uno tenga que estudiar por sí mismo la filosofía, recomendamos la siguiente guía de estudio:

1) *Visión general de los problemas filosóficos*, la cual debe obtenerse: a) En una *Introducción General a la Filosofía*. La lectura de esta Introducción y su estudio reposado son sumamente útiles, y aunque un tanto pesada al principio, pronto se torna luminosa y accesible.

A este fin hemos escrito una *Introducción a la Filosofía* (Ed. Estrada, Bs. Aires, 1954), donde exponemos clara y brevemente el



conjunto de los problemas filosóficos. Su estudio puede ser completado muy útilmente con los *Fundamentos de Filosofía* por M. García Morente y J. Zaragüeta (Segunda Ed., Espasa-Calpe, Madrid, 1947). También es muy recomendable la *Filosofía Elemental* de J. Balmes (hay varias ediciones).

b) Después de haber obtenido ese panorama general de la filosofía en sus diversas disciplinas, es necesario ahondar en ellas, estudiando un Curso general de filosofía, donde se trate más detenidamente cada uno de los problemas. Una vez que se ha llegado a penetrar bien uno de estos Cursos, se posee ya un serio bagge de información filosófica para adquirir autonomía de pensamiento. Como Curso recomendamos el *Curso de Filosofía* de C. Lahr, en su última edición (Ed. Estrada, Bs. Aires, 1951). Es también recomendable el *Curso de Filosofía* de J. M. Ponce de León (Ed. Poblet, Bs. Aires, 1945-49).

2) Además de la visión general de los problemas filosóficos se requiere el estudio de la historia de la filosofía. Esta no sólo nos da información y cultura histórica, sino que nos ayuda a penetrar en la investigación de los problemas mismos. Es, pues, indispensable la lectura de un buen compendio de historia de la filosofía, y conviene tenerlo siempre a mano para eventuales consultas. Recomendamos la *Historia de la Filosofía* de D. Domínguez (Ed. Razón y Fe, Madrid, 1949), o la de F. Klimke (Ed. Labor, Barcelona, 1947).

3) Pero además es necesaria, para la viva formación filosófica del autodidacta, la lectura de textos filosóficos, tanto antiguos como modernos. Es indicada al respecto la selección de textos hecha por J. Marías, *El tema del hombre* (Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1943). Es muy recomendable ponerse en contacto directo con los grandes filósofos, aunque siempre hay que leerlos con el debido espíritu crítico. Por lo menos debería conocerse algún diálogo de Platón, algún tratado de Aristóteles y de Plotino, de San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, Escoto, Suárez, Descartes, Leibniz, Malebranche, Kant, Hegel, Comte, y estudios de los filósofos contemporáneos.

*Nota:* Para una bibliografía de iniciación filosófica más completa remitimos a nuestra obra citada: *Introducción a la Filosofía* (Ed. Estrada, Bs. Aires, 1954).

¿Con qué espíritu hay que realizar el estudio filosófico? La experiencia de los muchos casos de principiantes que se nos han acercado con el deseo de estudiar filosofía, y que pronto se han desanimado o quedado a medio camino, nos enseña que es necesario tener en cuenta las siguientes observaciones acerca del espíritu con que hay que acercarse al estudio de la filosofía:

1) Hay muchos grados en la penetración filosófica, desde la idea superficial hasta tocar el fondo de los problemas, de sus relaciones, y de las relaciones de la filosofía con las demás ciencias. Todos los grados tienen su utilidad, y naturalmente depende del interés o de la finalidad que cada uno pretende al estudiar filosofía el contentarse con más o con menos.



2) Una mediana introducción a la filosofía requiere estudio, lectura y meditación reposada; por tanto, tiempo y dedicación. No es posible aprender filosofía en quince días, como tampoco ninguna lengua, aunque es posible aprender unas cuantas ideas, o pronunciar algunas frases para darse a entender en un idioma extranjero. Pero bien sabemos que dista mucho de saber inglés, ni siquiera a medias, el que lo ha aprendido en quince días.

3) Al principio, el estudio de la filosofía es un tanto desalentador. Resulta oscuro el descenso a problemas cada vez más remotos de nuestra experiencia y preocupación cotidiana. A veces parece inútil tanto rodeo para llegar a una afirmación relativamente sencilla. Pero el fruto compensa el trabajo y la paciencia. Cuando se llega a tener el panorama de los problemas; cuando uno se familiariza con el lenguaje y puede entablar conversación con los grandes filósofos de la antigüedad en sus libros; cuando uno se ve dentro de la realidad humana, tocando, por así decirlo, el fondo mismo de esos problemas cotidianos, que sólo superficialmente o espontáneamente aprehendemos y vivimos; cuando se ordenan frente a uno los interrogantes más interesantes y más decisivos sobre el destino, la esencia y el origen del hombre y del universo; cuando puede uno ordenar todos los conocimientos que posee y relacionarlos hasta llegar a los primeros principios de donde brota, como de única fuente, toda la complejísima red de ciencias humanas, entonces el desaliento inicial se torna en una serenidad, claridad y satisfacción intelectual, propia de la sabiduría, que nos da una plenitud humana que en el orden natural sólo la da el saber filosófico, y que es superada solamente por la plenitud del saber teológico.

4) Es necesaria la *reflexión*, la *observación de la realidad*, la *comparación de los datos de la experiencia* en todas nuestras lecturas y estudios filosóficos, a fin de que conservemos el auténtico espíritu crítico de la filosofía.

5) Finalmente, es indispensable tener en cuenta que la certeza que nos da la filosofía no es una certeza del tipo de las ciencias físico-matemáticas, sino del tipo de las ciencias morales, y, por tanto, no podemos exigir la precisión matemática en el planteamiento y en la solución de los problemas. La certeza de los primeros principios filosóficos se nos impone con una evidencia que no podemos eludir. A pesar de las dificultades y aún de las negaciones que aparecen y reaparecen en la historia de la filosofía, los primeros principios siguen brillando de una manera irresistible para el hombre. No puedo demostrar el principio de razón suficiente en la misma forma en que demuestro dos más dos cuatro, pero su evidencia es para nosotros tan fuerte o más que ésta, aunque, como hemos indicado, de diverso género. Esto nos explica que al paso que en las ciencias físico-matemáticas los errores van cediendo ante las demostraciones "exactas", en filosofía no sucede lo mismo, y los espíritus excesivamente críticos llegan a negar hasta lo evidente. Por eso, debemos tener en cuenta que las oscuridades y las dificultades en filosofía no son sino fruto de los problemas mismos que vivimos y percibimos en una forma



por una parte evidente, innegable e irresistible; pero, por otra, envuelta en cierta misteriosidad difusa que no nos permite reducir los problemas filosóficos a fórmulas matemáticas, como no podemos medir matemáticamente el amor que la madre tiene al hijo ni hacer entrar en fórmulas de las ciencias físicas las leyes de la libertad.

Pero esto simplemente nos indica el diverso tipo de certeza de la filosofía y de las ciencias exactas, y la posibilidad de un mayor número de problemas discutibles en filosofía, que probablemente nunca podrán llegar a ser resueltos por el hombre. Distingamos las conquistas ciertas en filosofía, aquellas que constituyen la "filosofía perenne", el acervo de principios esenciales para la vida humana; y si es cierto que en otros problemas no podremos llegar a una solución adecuada, no por ello debemos desconfiar totalmente de nuestra inteligencia desconociendo el valor de la misma y negando que podamos conocer *algo* con certeza, porque no podemos conocerlo *todo* con certeza. El estudio sereno de la filosofía y de su historia nos confirma cada vez más en la certeza de las verdades fundamentales; la experiencia de nuestra imposibilidad de resolver ciertos problemas debe hacernos cautelosos, a fin de no afirmar con certeza, de no extender la adhesión de nuestro juicio más allá de lo que den las pruebas en que se funda. Esta es en resumen la lección de los grandes maestros de la filosofía: sabios y prudentes.

ISMAEL QUILES, S. J.